

Desde RETIENDAS A VALDESOTOS por la hoz del Río Jarama

Distancia: 18 Km. (ida y vuelta)

Nuestra ruta de hoy va a consistir en caminar siguiendo el GR 10, un gran recorrido a su paso por estas tierras de Guadalajara, cuya longitud total es de 1600 Km. que comunica el Mediterráneo (Valencia) con el Atlántico (Lisboa).

Comienza la ruta en Retiendas, municipio de la provincia de Guadalajara, situado en la Sierra Norte que cuenta con unos 50 habitantes. Es uno de los pueblos conocidos como de “La arquitectura negra” por emplear en los muros y techumbres de sus viviendas, lajas de pizarra que les dan un aspecto y color característico.

Retiendas se tiende a ambos lados de un arroyo que atraviesa el pueblo como si se tratase de su columna vertebral. Está situado a la orilla derecha del río Tienda que desemboca muy cerca de aquí, en el río Jarama

Se entra y sale a la pequeña localidad a través de un puente de tres ojos bajo el que se puede contemplar un hermoso y agradable rincón. Se trata de una pequeña área recreativa con fuente de dos caños de agua fresca. Y una sombreada arboleda. El entorno, hace las delicias de cualquier visitante.



Cuando salimos de Retiendas, caminamos durante 3 Km. por una maltrecha carretera hacia el Monasterio de Santa María de Bonaval, situado en el frondoso valle del Jarama. Nos detenemos a visitar las ruinas del que en el S III fuera un Monasterio Cisterciense. Fue el rey Alfonso VIII de Castilla (el que derrotó con la ayuda de otros reyes peninsulares a los Almohade, en la famosa batalla de las Navas de Tolosa), quien ofreció a la orden de San Bernardo, este fértil valle para que lo habitase con el fin de repoblar el entorno.

Como todos los monasterios cistercienses, el de Bonaval, ocupa un lugar recóndito y alejado del mundanal ruido. Era la época en la que Gonzalo de Berceo, clérigo educado en el Monasterio Benedictino de San Millán de la Cogolla, escribió en lengua castellana su poema mariano llamado "Los Milagros de Nuestra Señora" (desde el S VIII, ya no se hablaba en latín).



Con el tiempo, Bonaval, perdió el carácter de Abadía, convirtiéndose en un lugar donde los monjes más ancianos venían a prepararse para morir.

Este monasterio no sufrió demasiado durante nuestra Guerra de Independencia, sin embargo, fue la Desamortización de Mendizábal en 1821 que acabó con algunos monasterios, la que hizo desaparecer entre ellos el de Bonaval. El edificio fue vendido a particulares que no se preocuparon de su conservación, llegando a la ruina en la que se encuentra hoy.



Del Monasterio solo se pueden ver algunos trozos de muros salteados y perdidos entre la maleza que le invade. Se conservan la cabecera y el crucero de la Iglesia de planta rectangular con tres naves y dos tramos. Cuenta con tres ábsides. El central, semihexagonal y los dos laterales, rectangulares. Los tres se comunican por puertas abiertas en los muros, propias de las iglesias congregacionales



Su iluminación era a través de altos y estrechos ventanales apuntados. En el muro meridional, está la puerta de acceso desde el exterior que a pesar de su deterioro, aún conserva sus cuatro arquivoltas apuntadas y sobre ella un bello ventanal rodeado de arquitos ciegos adornándolo.

Dejamos el Monasterio situado en la margen derecha del río Jarama y emprendemos nuestro camino hacia Valdesotos siguiendo una senda sin perder de vista el río, aguas abajo y siempre por su margen izquierda. La vereda está verde, repleta de flores y vegetación. Nos dan sombra, quejigos y enebros. Las piedras y troncos están repletos de musgo y líquenes.



Un buen tramo del camino, lo hacemos sin dificultad, acompañados del sonido del agua del río y del canto de los pájaros. De forma inesperada, aparecen en nuestro horizonte altos acantilados calizos que caen verticales hacia abajo. Nos encontramos en un pequeño cañón que ha trazado el río. La bella hoz, sirve de refugio a numerosos buitres que vemos volar.





Un corto tramo lo hacemos andando por una cornisa tallada en la propia roca. Salvamos este acantilado con sumo cuidado de no caer al río que discurre tranquilo por su cauce en el punto mas alejado del camino.



Dejando atrás el cañón encontramos un espacio abierto que nos conduce hasta una carretera que une Puebla del Valles con Valdesotos. Cruzando la carretera y girando hacia la derecha, continuamos por ella. Ya solo nos quedan 3 Km. para alcanzar el término de nuestra ruta. Pero las sorpresas no han terminado; antes de llegar a la pequeña población de Valdesotos, divisamos a nuestra izquierda un puente medieval que en el pueblo llaman puente romano.

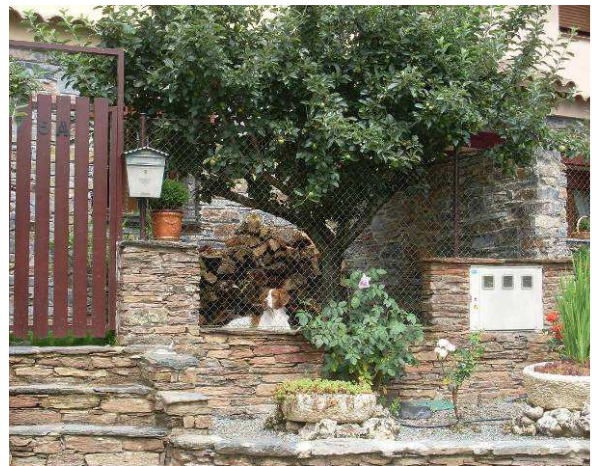
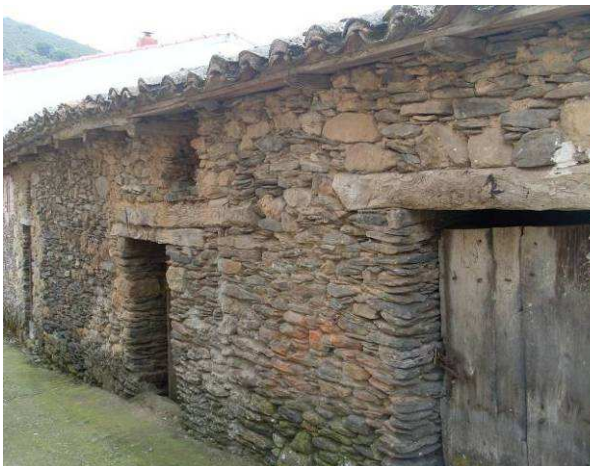
Dicho puente cruza las caudalosas aguas del arroyo Orgachuelo al que se le han unido las aguas de un arroyo más alto, el de los Cañizales. El puente de unos 30 m. está guardado por dos petriles y apoyado sobre un arco central de medio punto con dos mas pequeños a ambos lados. El paisaje aquí es de una gran belleza.



No tarda en aparecer el pueblo, tras haber cruzado unas enormes tuberías que Descienden conduciendo agua desde el Pantano de el Vado.

Valdesotos está situado en un ensanche del arroyo y escondido a los pies de altas montañas que le rodean. El Pico Ocejón lo vigila desde lo más alto del horizonte.

Se trata de una pequeña localidad de treinta habitantes con edificaciones de pizarra. Su iglesia parroquial preside el casería.



En sus plazas no faltan las fuentes y las flores en sus calles. Grandes nogueras salpican el paisaje. En una de ellas, situada a la entrada del pueblo hay colgado poema anónimo, PLEGARIA AL ARBOL, que las “mujeres del pueblo” encontraron en un árbol en uno de sus viajes por Galicia.

PLEGARIA AL ARBOL

Tu que pasas y levantas,
contra mí tu brazo,
que inconsciente me zarandeas,
antes de hacerme daño,
mírame bien.

Yo soy el almacén de tu cuna,
la madera de tu barca,
la tabla de tu mesa,
la puerta de tu casa,
la viga que sostiene tu techo,
la cama en que descansas.

Yo soy el mango de tu herramienta,
el bastón de tu vejez,
el mástil de tus ilusiones y esperanzas

Yo soy el fruto que te nutre,
y calma tu sed.

La sombra bienhechora que te cobija,
contra los ardores del sol,
el refugio bondadoso de los pájaros
que alegran con su canto sus horas,
y que limpian tus campos de insectos.

Yo soy la hermosura del paisaje,
el encanto de tu huerta,
la señal de la montaña,
el lindero del camino.

Yo soy el calor de tu hogar
en las noches largas y frías del invierno,
el perfume que embalsama a todas horas
el aire que respiramos,
el oxígeno que vivifica tu sangre,
la salud de tu cuerpo
y la alegría de tu alma,
y hasta el fin,
yo soy el ataúd,
que te acompaña al seno de la tierra.

Por todo eso,
tú que me miras,
tú que me plantaste por tu mano,
tú que me diste el ser y,
puedes llamarme hijo...
Oyeme bien,
mírame bien...
¡Y no me hagas daño!

Después de descansar y refrescarnos emprendemos el retorno.



Con esta marcha finalizamos nuestro primer curso como Grupo de Caminantes.